

LAS SOLEDADES DE ISAAC ALBENIZ

POR

FEDERICO SOPEÑA



El insigne compositor y pianista ISAAC ALBÉNIZ.

Discurso leído en la sesión pública y solemne celebrada en el salón de la Real Academia el domingo 22 de mayo de 1960 para conmemorar el centenario del insigne compositor Isaac Albéniz.

PUEDEN parecer extrañas, paradójicas, caprichosas las palabras del título de mi trabajo. ¡Hablar de soledades en Isaac Albéniz! La abierta, cálida y ancha humanidad de Albéniz rezuma diálogo por todas partes, parece hecha en forma de don para la compañía. Bajo, grueso, moreno, le conocemos a través de fotografías; en la mesa, en el piano, siempre aparece como iniciando el abrazo. Hasta los muy realmente solitarios, muy realmente raros y muy realmente ásperos como Debussy se han querido meter en el cóncavo corazón de Albéniz. Sus cartas, esas cartas que por referencia impagable de sus familiares podemos tener entre manos, usan y hasta abusan de expresiones para indicar la necesidad y el gozo de la compañía. Todavía ahora, cuando se cumple el centenario del nacimiento de Isaac Albéniz, el músico español que va a París se beneficia de la herencia que dejara, una herencia de anécdotas donde parece vivir aún, no la tristeza del solitario, sino la alegre voz que convertía en tertulia madrileña los monacales pasillos de la Schola y el más empingorotado salón parisiense. Si llenamos la palabra simpatía de todo lo que auténticamente tiene de instalación gozosa o triste en la ventura o desventura de los demás, será la palabra que defina más exactamente la vida y hasta la misma obra de Isaac Albéniz. Sin embargo, Albéniz, en una de sus cartas más sinceras, insiste en lo siguiente: “Yo soy un solitario en toda la extensión de la

palabra y no tengo relaciones ni influencias.” ¿Cómo podríamos resolver o paliar la contradicción?

En primer lugar, la simpatía que irradia de una persona como Albéniz no debe indicar ausencia de soledad y de muy hondas tristezas. No nos engañemos con la sola noticia de los éxitos; Albéniz, tan amigo de una bohemia a lo grande, tuvo que pasar las reales soledades de la bohemia amarga. Pensemos en los viajes por España hace noventa, ochenta años, en los viajes sin dinero, sin clima propicio y con una profunda insatisfacción interior; durante toda su vida padece Albéniz con la tremenda e inevitable soledad del autodidacta, soledad inevitable en el compositor español, desamparado de herencia, desamparado de tradición, sin otro maestro que el ingenio y la calle, dos cosas que fácilmente pueden convertirse en acíbar. Ha conocido Albéniz las soledades que trae una salud quebrantada por enfermedad, por enfermedades con la doble penitencia del dolor físico y del ánimo sombrío. Albéniz, que muere a los cuarenta y nueve años, es viejo de salud desde casi los treinta. Lo leemos en una de las cartas de su mujer, cartas inéditas que tengo entre manos por la bondad de D. José María Ruiz Gallardón, sobrino-nieto de Albéniz, hijo del inolvidable Víctor Ruiz Albéniz. Es la noticia de la enfermedad que hizo correr en Madrid el rumor de la muerte de Albéniz en Londres. Dice Rosina a la hermana de Albéniz: “Isaac ha estado grave. Ha tenido que pasar seis semanas en una clínica y ayer volvió a casa bastante mejorado, aun cuando muy delicado y teniendo que guardar un régimen absolutamente estricto; tranquilizaos, pues, y tened confianza como yo la tengo. No hay duda de que se curará, pero necesita una buena temporada de tranquilidad.”

Desde los cuarenta años su vida es un irse muriendo, y habrá sido muchas veces heroico no ya el componer, sino el seguir creando en torno un ambiente de sonrisa y de confianza. A pesar de ello descubrimos en sus cartas una especial amargura, un como áspero prosaísmo delante de la muerte, bien lejano a las notas del tópico cascabelero: “Hay que considerar —dice— que el morir es la cosa más regular y necesaria, y que morir a cierta edad (y no digo a todas las edades por mera cortesía) no

tan sólo es regular y necesario, sino un supremo alivio y un perfecto goce... Consuela a los chicos y emprended de nuevo la estéril y jocosa lucha por esta inapreciable y agradabilísima existencia." Hay más, hay algo muy delicado e íntimo que yo no puedo más que rozar apurando comprensión y pena; cuando, no sin delicadeza, le dice a su madre que las aguas de Lourdes no le convienen, está apuntando a una tentación permanente de escepticismo religioso, de frialdad, típico de la época, pero que a él debió pesarle no pocas veces como algo sin remedio. Recuerdo todo esto no para empañar lo más mínimo la vida como sal y como garbo que siempre desparramó Albéniz, sino para evitar que eso, posible sólo con el inmenso sacrificio de la caridad, pueda ser tomado como postura insensata o frívola. Albéniz es de esa casta de hombres fuertes que mueren más pronto a fuerza de disimular el sufrimiento para que los demás no sufran.

Son otras soledades, sin embargo, el tema de estas palabras mías, soledades que sufrimos en quien funda la música española contemporánea. No por capricho Albéniz ha creado lo mejor de su música fuera de España, muy desde lejos. La paz tolerante de la Restauración acaba con la cadena de emigrados señores; apenas si Albéniz ha podido conocer en París al último emigrado señor, el republicano burgués D. Manuel Ruiz Zorrilla. Pero Albéniz inaugura una suerte especial de exilio entre voluntario y forzoso. Es voluntario porque Albéniz pertenece de lleno a esa generación anterior al noventa y ocho, a la llamada regeneracionista, y se siente incómodo entre el pintoresquismo, la picardía y la incomodidad de la vida española de entonces; su graciosa pesadilla y monomanía contra el garbanzo, ignora afirmaciones paralelas dichas hasta con pedantería científica. Es forzoso, porque Albéniz quiere a España con obsesión, porque sólo está de verdad contento en la Carrera de San Jerónimo y en las Ramblas; para él hallarse lejos es, de verdad, estar solo. Pensemos que esta época tan incrédula, una de las más heridas por el escepticismo religioso, centra toda la pasión colectiva en el amor a la Patria, que funciona como auténtico mito. Por eso mismo, Albéniz sufre hondamente con la desgracia del noventa y ocho y sufre en confianza y a su manera, es decir, expre-

sando el dolor por la vena abierta del sarcasmo. Antes de consumarse la catástrofe dice en carta a su hermano: “Excuso decirte el estado de nerviosidad en que me hallo con motivo de las cuantiosas desdichas que sobre nuestro malaventurado país están cayendo. ¡Qué remedio tiene! ¡No nos hemos corregido, ni nos corregimos, ni nos corregiremos jamás! ¡El chauvinismo mal entendido nos ciega de tal modo que nuestras faltas nos parecen virtudes y nuestra crasa ignorancia ciencia infusa!” Consumada la catástrofe dice: “Dame noticias vuestras, pero no me hables una palabra de la cosa pública, pues he decidido ignorar lo que pasa y lo que pasará en España.”

He hablado antes de la especial soledad del autodidacta, desamparado de tradición, como a ciegas muchas veces, tullido casi siempre frente a la obra grande que la noble ambición reclama y la técnica no aprendida impide; es una soledad, es un dolor que no ha conocido la pintura española, pero que la música está en peligro de conocer a través de casi cada generación. Pudo ser consuelo de esta soledad un cálido entendimiento, una lúcida comprensión por parte de los mismos músicos españoles. No fué así, salvo una excepción; a través del epistolario de Albéniz podemos seguir fácilmente su cariño, su gratitud por D. Tomás Bretón, incansable en el elogio, compañero en los fracasos e incansable también en el deseo, imposible de realizar, de ver a Albéniz enseñando en el Conservatorio de Madrid. En las cartas que publicó Víctor Ruiz Albéniz aparece la amargura de Albéniz, esa especial forma de soledad que crea la incomprensión de los críticos. Yo tengo como novedad, y para este discurso, algunas de su mujer que insisten en el mismo tema y que nos dicen también la real alegría ante la más pequeña muestra de comprensión. Dice así una de las cartas: “Madre querida, me retracto de lo que ayer te decía. Aún hay Patria. Las críticas que hoy recibo no están del todo mal; hay una o dos que escupen un poco de veneno, pero en seguida se ve que eso es personal o de un partido contrario, pero ninguna de ellas niega lo que nosotros sabemos, y es que tiene mucho, mucho, talento, demasiado a veces quizá.” En la vida de los músicos, más en la vida apasionada y entre poca

gente como es la vida del músico español, la mujer, la apasionada mujer española, suele poner su contrapunto de irritación y personal diatriba. Respira así por la herida al darse cuenta del desánimo del marido ante la incomprensión madrileña: “Mil gracias por tus cariñosos recuerdos; he agradecido mucho el que me hayas escrito, pero la carta de Isaac me ha dado verdaderamente pena; no me gusta verle tan desanimado y de ningún modo hay motivo para ello, diga lo que quiera la Prensa, esos críticos, eminentes doctores en gay saber, apóstoles del absolutismo elevado al cubo... ¿Cómo no se os ocurrió el mandarles a cada uno una talega de garbanzos?” Termina así la carta retratando la bondad de Albéniz: “Me ha dado mucho coraje, pero no se lo digas, es inútil decirte que lo animes, es demasiado bueno y tonto para que le dure el mal humor.” Tiene Albéniz para estas cosas la sensibilidad del emigrado, sensibilidad que enloquece con el menor elogio, pero que se pone sombría ante la más grande de las desdichas: el olvido.

Hay, sin embargo, una soledad dulcemente vencida después de la muerte de Albéniz; quiero hoy hablar de la bella comprensión de dos grandes poetas, especialmente de uno: de Federico García Lorca. En el álbum del Albéniz muchacho se recogen poemas deliciosos, auténticos poemas de álbum romántico, de álbum para el salón, para el pequeño salón de la pequeña burguesía española. Cuando tiene doce años le escribe en su álbum un poeta de Loja:

Joven que en tan corta edad
luce con tal perfección,
digno es por su habilidad
de aprecio y admiración
de toda la sociedad.

Más gracioso, y casi dando pie a una canción criolla o habanera, es este poemita que le dedica una señora de Puerto Rico:

Has llegado a mi Patria,
nido de amores,

donde cantan las aves
dulces canciones;
donde las brisas
el perfume le roban
a las campiñas.

Esto es anécdota, pero no lo es la aparición del nombre de Albéniz en un entero poema de Juan Ramón Jiménez. Pertenece al libro *Laberinto*, retirado por su autor, y así puede explicarse el relativo olvido. No parece que Juan Ramón Jiménez, en su juventud, mirase con especial atención a la música española: es la música romántica alemana la que hace compañía a sus versos y es la impresionista la que más le interesa en años posteriores. La elegía a Isaac Albéniz, titulada “En el cielo de España”, es un largo poema. No hay referencia concreta a la vida o a la obra y más bien el poema va tejido entre tópicos bellamente dichos. Sin embargo, a la mitad del poema el acento funeral cobra hondura:

¡Oh, qué suspiro hondo, sangriento, inextinguible!
¡Ciega naturaleza!
¡Qué anhelo de querer detener lo imposible!
¡Qué espanto y qué tristeza!

Interesa al final ver en Juan Ramón una expresión de especial comunión con Albéniz:

¡Sí, juntas en la tierra florecerán un día,
como dos claridades,
tu ardiente melodía, mi ardiente poesía,
nuestro afán de ciudades!
Sevilla, Triana, el Puerto —¡y tu alma y mi alma!—,
Guadalquivir sonoro.
¡Todo, en la eternidad, bogará en una calma
de ilusión y de oro!

Más interés tiene el acercamiento de Federico García Lorca: la vecindad, la camaradería respetuosa y llena de admiración delante de Falla explica el entusiasmo por Albéniz. En la famosa conferencia sobre el cante jondo habla de cómo Albéniz se distancia del clima habitual de la música española del diecinueve empleando en su obra “los fondos líricos del canto andaluz”. Es una pena que otra conferencia posterior y más extensa sobre “La arquitectura del cante jondo”, la referencia periodística se limite a decir que “el conferenciante estudió las características del arte de Albéniz”. Sin embargo, no pocas de las cosas profundas y repletas de ingenio que sobre el “duende” en la música explica, parecen referidas a nuestro compositor e incluso me atrevería a señalar cómo sus armonizaciones de canciones populares apuntan más hacia Albéniz. Todo esto se resume en un hermoso poema, como perdido en las *Obras completas*, casi perdido, que nos hace disculpar a Mario Verdaguer cuando señala el poema como inédito. Fué leído por el mismo Lorca hace veinticinco años, en Barcelona, delante de la tumba de Albéniz. Espléndido poema que alcanza un extraordinario clima de adivinación:

Esta piedra que vemos levantada
sobre hierbas de muerte y barro oscuro,
guarda lira de sombra, sol maduro,
urna de canto sola y derramada.
Desde la sal de Cádiz a Granada,
que erige en agua su perpetuo muro,
en caballo andaluz de acento duro
tu sombra gime por la luz dorada.
¡Oh dulce muerte de pequeña mano!
¡Oh música y bondad entretejida!
¡Oh pupila de azor, corazón sano!
Duerme, cielo sin fin, nieve tendida.
Sueña invierno de lumbre, gris verano.
Duerme en olvido de tu vieja vida.

Para mi querido País, el amigo seguro, el prudente crítico, el hombre justo y leal,

J. Albéniz

Barce 26 Marzo 1907

TRIANA

M.M. ♩ = 94
Allegretto con anima

PIANO

p

gracieux et tendre

main gauche dessus
2 Ped. Ped. Ped. Ped. Ped.

Epitafio a Isaac Albéniz

Esta piedra que veinos levantada
sobre hielos del muerte y barro oscuro,
guarda viva de sombras el miadero,
urna de canto sola y devorada.

Desde la val de Cádiz a Granada
que erige en agua un perpetuo muro,
su caballos andaluz del aliento duro,
tu sombra gime por la luz dorada.

! Oh dulce muerto de pequeña mano!

! Oh música y bondad entretendida

! Oh pupila de amor, corazón sano!

Duerme cielo sin fin, nieve tendida,

Incienso invisible de lumbré, quis verano

! Duerme en olvido de tu vida vida!

Federico García Lorca

1. Dedicatoria al crítico musical barcelonés D. Francisco Suárez Bravo.

2. Soneto escrito por Federico García Lorca en Barcelona sobre la tumba de Albéniz.

Dos autógrafos reproducidos en la *Historia de la Música* y en la *Historia de la Música Española e Hispanoamericana* de José Subirá.

Deuda pagada, amigos míos: cuando se recibe en Barcelona la noticia de la muerte de Mosén Jacinto Verdaguer, el primero en llorar y en marchar junto al cadáver es, precisamente, Isaac Albéniz.

Y por fin, señores Académicos, queridos amigos, otra mezcla de soledad y de compañía. Fué primera soledad, casi desesperada, el tener Albéniz la tentación de creer que esa *Iberia* era intocable, que sólo era posible para él, que lo tocaba con el piano, con la voz y con el humo del cigarro. Aquí, en vida, tuvo el gozo de ver esa soledad rota, bellamente rota: Blanca Selva, Joaquín Malats, el mismo Granados. Pero luego, muerto ya, otra soledad quizá peor que la primera: los intérpretes, que en lugar de buscar en Albéniz lo que Lorca señalara, la fuente pura y los “sonidos negros” del “duente”, buscaban lo exterior con una estética de cartel taurino, de “juerga para ingleses”, como dijera el inolvidable Joaquín Turina. Era soledad para Albéniz, sí, porque Albéniz maduró entre la gran música romántica, entre Chopin, Liszt, Schumann, y pudo recoger todavía el calor del corazón cortés y tierno de Fauré, y asomarse a la atmósfera hecha carne de Debussy. Por esto el homenaje a Albéniz se transforma, sin tergiversarlo, en homenaje a la auténtica interpretación de música. Nada valen estas palabras mías salvo la representación que asumen del homenaje de la Academia. Vale, creo yo, el recuerdo de este hermoso poema de Lorca. Quisieran, de verdad, valer ahora como prólogo a la actuación de nuestro compañero José Cubiles. Aquí está, señores Académicos, queridos amigos, el intérprete andaluz para Albéniz; el intérprete andaluz, sí, pero que joven, muy joven, marcha a estudiar a París, al París todavía sin costumbre de no tener a Albéniz, a París para ganar el gran premio y por tocar la gran música europea. Albéniz quería precisamente eso: que se tocara bien su música por tocar muy bien Chopin, y Schumann y Liszt.

La música de Albéniz prolonga hasta el extremo la estética romántica, pero no se sale de ella: es esta la gran lección que nos dió y nos da siempre José Cubiles. Nos dió, nos da y nos dará, porque esa interpretación es “escuela” a través de sus discípulos. Y ahí está el símbolo de su generosidad, de su mejor gloria y de su hermosamente ganado título de

“maestro”. Por eso en esta tarde a él le corresponde, como a ninguno, decir el homenaje.

Señores Académicos, queridos amigos: dos cosas quiero decir para terminar y decirlas con esa mezcla de respeto y de pasión que convienen al benjamín de esta ilustre casa.

Primera: que el dolor de las soledades de Albéniz no es dolor en el recuerdo, que todavía la música española soporta destino de cenicienta, que todavía es actual la lejanía y el desamparo, y que por eso mismo los músicos españoles agradecerán mucho esta solemne sesión, única, solitaria y ejemplar en la conmemoración hasta ahora. Y decir también con ese respeto y con esa pasión que la música española, desde Albéniz hasta Joaquín Rodrigo, ha tenido en José Cubiles el intérprete que ingresa hasta sus entrañas para sacarla también en alto en su doble e inseparable valor de española y europea. También en eso tiene la gloria de ser discípulo de Albéniz, pues la España que éste quiso y soñó desde lejos era una España con duende, sí, ya lo creo, pero queriendo a Europa, desde Londres hasta Praga, como el único aire posible para que eso, el duende, tuviera hermosura, estilo, continuidad y grandeza.